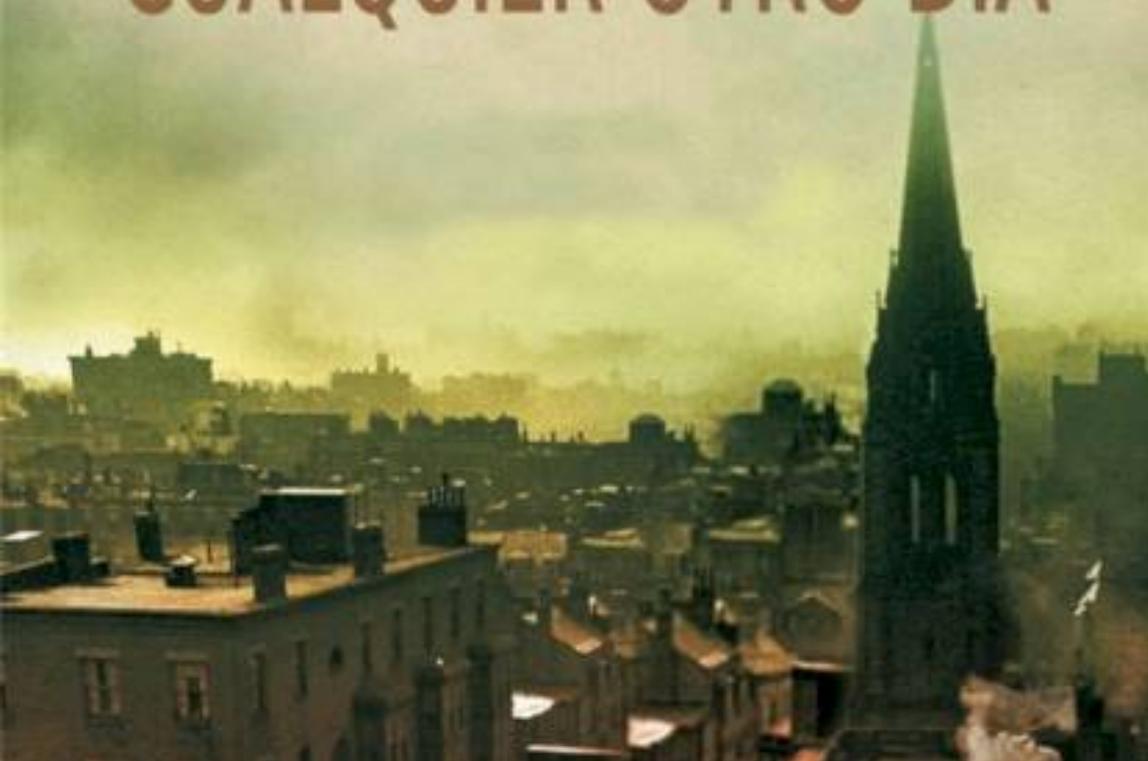




DENNIS
LEHANE

CUALQUIER OTRO DIA



En 1918 Babe Ruth, el mítico bateador de los Red Sox de Boston, se encuentra con su pelota más difícil: la huelga. Luther Laurence huye del béisbol, de Tulsa y de un rastro de sangre para cumplir lo que se espera de un negro en el Este: ser un criado. El policía Danny Coughlin es enviado a inspeccionar un buque de guerra con unos cuantos soldados enfermos de vuelta de la Gran Guerra y aquejados de una rara enfermedad: una gripe de consecuencias insospechadas que dejará miles de cadáveres en el North End, el barrio italiano en que Danny, hijo del capitán de la Policía de Boston, espera su placa de oro y su nombramiento como el inspector más joven de la comisaría. Pero después de 1919 el North End ya no será el mismo, Boston y Danny tampoco.

Para Angie, mi hogar

«Cuando venga Jesús a llamarnos, dijo ella,
vendrá en tren desde el otro lado de la montaña».

JOSH RITTER, *Wings*

Lista de personajes

Luther Laurence: criado, deportista.

Lila Waters Laurence: esposa de Luther.

Aiden Coughlin, alias Danny: agente de la policía de Boston.

Capitán Thomas Coughlin: padre de Danny.

Connor Coughlin: hermano de Danny, ayudante del fiscal del condado de Suffolk.

Joe Coughlin: hermano menor de Danny.

Ellen Coughlin: madre de Danny.

Teniente Eddie McKenna: padrino de Danny.

Nora O'Shea: criada de la familia Coughlin.

Avery Wallace: criado de la familia Coughlin.

Babe Ruth: jugador de béisbol de los Red Sox de Boston.

Stuffy McInnis: compañero de equipo de Ruth.

Johnny Igoe: representante de Ruth.

Harry Frazee: propietario de los Red Sox de Boston.

Steve Coyle: compañero de patrulla de Danny Coughlin.

Claude Mesplede: concejal de la Sexta Pedanía.

Patrick Donnegan: delegado de la Sexta Pedanía.

Isaiah e Yvette Giddreaux: jefes de la delegación de la AN-PPC.

«Viejo» Byron Jackson: jefe del sindicato de botones, hotel Tulsa.

Diácono Skinner Broscious: gánster de Tulsa.

Dandy y Smoke: esbirros del Diácono Broscious.

Clarence Jessup Tell, alias «Jessie»: vendedor de lotería, amigo de Luther, Tulsa.

Clayton Tomes: criado, amigo de Luther, Boston.

Señora DiMassi: casera de Danny Coughlin.

Federico y Tessa Abruzze: vecinos de Danny.

Louis Fraina: dirigente de la Sociedad de Obreros Letones.

Mark Denton: agente del Departamento de Policía de Boston, sindicalista.

Rayme Finch: agente del Buró de Investigación.

John Hoover: abogado del Departamento de Justicia.

Samuel Gompers: presidente de la Federación Americana del Trabajo.

Andrew J. Peters: alcalde de Boston.

Calvin Coolidge: gobernador de Massachusetts.

Stephen O'Meara: comisario de la policía de Boston hasta diciembre de 1918.

Edwin Upton Curtis: sucesor de O'Meara en el cargo de comisario de la policía de Boston.

Mitchell Palmer: fiscal general de Estados Unidos.

James Jackson Storrow: mediador de Boston, antiguo presidente de General Motors.

BABE RUTH EN OHIO

PRÓLOGO

Debido a las restricciones para viajar impuestas por el Departamento de la Guerra a la primera división de béisbol, la Serie Mundial de 1918 se jugó en septiembre y se repartió en dos estadios. Los Cubs de Chicago fueron el equipo anfitrión en los tres primeros encuentros, y los cuatro últimos se celebrarían en Boston. El 7 de septiembre, tras perder los Cubs el tercer partido, los dos equipos subieron juntos a un tren de la compañía Michigan Central Railroad para emprender un viaje de veintisiete horas, y Babe Ruth se emborrachó y empezó a robar sombreros.

Ya de buen comienzo habían tenido que llevarlo a rstras al tren. Al acabar el encuentro, se había ido a un establecimiento a unas manzanas de Wabash, al este, donde uno podía encontrar una timba, suministro ininterrumpido de alcohol y una o dos mujeres, y si Stuffy McInnis no hubiera sabido dónde buscarlo, habría perdido el tren de regreso a Boston.

Así las cosas, vomitó desde la plataforma exterior del furgón de cola cuando el tren abandonaba la Estación Central poco después de las ocho de la noche y dejaba atrás los apartaderos de ganado. En el aire flotaba un humo espeso como la lana y el hedor de las vacas sacrificadas, y Ruth no veía una sola estrella en el cielo negro. Echó un trago de su petaca y, gargareando, se enjuagó el vómito de la boca con *whisky* de centeno. Escupió por encima de la barandilla de hierro y, mientras se alejaban, contempló los

destellos del perfil urbano de Chicago elevarse ante él. Como tantas veces cuando se marchaba de un lugar y le pesaban las piernas a causa del alcohol, se sentía gordo y huérfano.

Bebió más *whisky*. A sus veintitrés años, empezaba a convertirse por fin en uno de los bateadores más temidos del campeonato. En un año en que se había contabilizado un total de noventa y seis *home runs* en la Liga Americana, Ruth se había anotado once. Casi el doce por ciento, ahí es nada. Aun cuando alguien se acordara del bajón de tres semanas que tuvo en junio, los lanzadores lo trataban ya con respeto. También los bateadores contrarios, porque esa temporada Ruth había llevado a la victoria a los Sox con sus lanzamientos en trece ocasiones. Además, había comenzado cincuenta y nueve partidos como exterior izquierdo y trece como primer base.

Pero era incapaz de pegarle a una bola lanzada por un zurdo. Ese era su punto débil. Pese a que las plantillas de todos los equipos estaban muy mermadas porque gran número de jugadores se había incorporado a filas, Ruth tenía un talón de Aquiles que los mánagers rivales empezaban a explotar.

Que se jodan.

Lo dijo al viento y tomó otro trago de la petaca, regalo de Harry Frazee, el dueño del club. Ruth había dejado el equipo en julio para ir a jugar con el de los Astilleros Chester, en Pennsylvania, porque el entrenador Barrow valoraba más sus lanzamientos que su bateo, y Ruth estaba cansado de lanzar. Eliminó a los tres bateadores en una entrada y te aplauden. Anotas un *home run* y el público entra en erupción. El problema era que el equipo de los Astilleros Chester también prefería sus lanzamientos. Cuando Frazee amenazó con entablar una demanda, el club de los astilleros devolvió a Ruth.

Frazee había ido a recoger a Ruth y lo había guiado hasta el asiento trasero de su cupé Rauch & Lang Electric Ope-

ra. El coche era granate con guarnición negra, y a Ruth siempre le maravillaba ver su reflejo en el metal, a cualquier hora del día, lloviera o luciera el sol. Preguntó a Frazee cuánto costaba un buga como ese y Frazee acarició despreocupadamente la tapicería gris mientras el chófer se incorporaba al tráfico en Atlantic Avenue.

—Más que usted, señor Ruth —contestó, e hizo entrega a Ruth de la petaca.

La inscripción grabada en el peltre rezaba:

RUTH, G. H.
CHESTER, PENNA.
1/7/18-7/7/18

Ahora, en el tren, recorrió el contorno con el dedo y bebió otro trago, mientras en el aire el untuoso tufo de la sangre de vaca se mezclaba con el olor metálico de los polígonos industriales y los raíles calientes de la vía. Soy Babe Ruth, deseó gritar desde el tren. Y cuando no estoy en un furgón de cola, solo y borracho, soy alguien a quien tener en cuenta. Una rueda en el engranaje, sí, lo sé de sobra, pero una rueda con diamantes incrustados. La rueda más grande de todas las ruedas. Algún día...

Ruth levantó la petaca y brindó a la salud de Harry Frazee y todos los Harry Frazee del mundo con una sarta de epítetos obscenos y una sonrisa radiante. A continuación, echó otro trago, y este se le subió a los párpados y se los cerró a tirones.

—Y ahora me voy a dormir, vieja puta —dijo Ruth en un susurro a la noche, al horizonte, al olor de la carne sacrificada.

Y a los oscuros campos del Medio Oeste que se extendían al frente. A las cenicientas localidades fabriles desde allí hasta Governor's Square. Al cielo tiznado de humo y sin estrellas.

Entró a trompicones en el camarote que compartía con Jones, Scott y McInnis, y cuando despertó a las seis de la mañana, todavía vestido, estaba en Ohio. Desayunó en el vagón restaurante, vaciando dos cafeteras, mientras contemplaba las chimeneas humeantes de las fundiciones y las plantas siderúrgicas enclavadas en las colinas negras. Le dolía la cabeza. Añadió al café un par de chorros de la petaca y se le pasó el dolor. Jugó un rato a la canasta con Everett Scott, y luego el tren hizo una parada larga en Summerford, otra población industrial, y salieron a estirar las piernas por un campo justo detrás de la estación. Fue entonces cuando oyó por primera vez la palabra huelga.

Harry Hooper, capitán y *fielder* derecho de los Sox, y Dave Shean, segundo base del equipo, charlaban con dos jugadores de los Cubs, Leslie Mann y Bill Killefer, *fielder* izquierdo y *catcher*, respectivamente. Según McInnis, los cuatro habían estado a partir un piñón durante todo el viaje.

—¿Y qué se traen entre manos? —preguntó Ruth, no muy seguro de que realmente le importara.

—No lo sé —contestó Stuffy—. ¿Querrán vender el partido, quizás? ¿Hacer tongo?

Hooper cruzó el campo en dirección a ellos.

—Vamos a la huelga, chicos.

—Estás borracho —replicó Stuffy McInnis.

Hooper negó con la cabeza.

—Chicos, nos están jodiendo.

—¿Quiénes?

—La Comisión, ¿quién va a ser? Heydler, Hermann, Johnson. Ellos.

Stuffy McInnis esparció unas hebras de tabaco en un papel de liar y lamió el borde con delicadeza a la vez que retorció las puntas.

—¿Y eso cómo es?

Stuffy encendió el cigarrillo y Ruth, mirando hacia una hilera de árboles al otro lado del campo bajo el cielo azul,

tomó un sorbo de la petaca.

—Han cambiado el reparto de taquillaje para la Serie Mundial. El porcentaje sobre la venta de entradas. Lo decidieron el invierno pasado, pero no nos lo han dicho hasta ahora.

—Un momento —dijo McInnis—. Nos dan el sesenta por ciento de la taquilla de las cuatro primeras puertas.

Harry Hooper negó con la cabeza, y a Ruth todo aquello empezaba a entrarle por un oído y salirle por el otro. Se fijó en los cables del telégrafo tendidos en el borde del campo y se preguntó si los oiría zumbiar al acercarse. Taquillaje, reparto. A Ruth le apetecía otro plato de huevos, un poco más de beicon.

—Nos *daban* el sesenta por ciento —corrigió Harry—. Ahora nos dan el cincuenta y cinco. La asistencia ha bajado. Por la guerra, ya sabes. Y es nuestro deber patriótico renunciar al cinco por ciento.

McInnis se encogió de hombros.

—Pues será nuestro...

—Luego tenemos que ceder el cuarenta por ciento de esa cantidad a Cleveland, Washington y Chicago.

—¿Por qué? —preguntó Stuffy—. ¿Por mandarlos a patadas al segundo, tercer y cuarto puestos?

—Y luego otro diez por ciento a las organizaciones benéficas relacionadas con la guerra. ¿Lo vas entendiendo?

Stuffy frunció el entrecejo. Parecía dispuesto a asestar un puntapié a alguien, a alguien pequeño a quien pudiera darle una buena.

Babe lanzó el sombrero al aire y lo atrapó por detrás. Cogió una piedra y la lanzó al cielo. Volvió a lanzar el sombrero.

—Todo se arreglará —dijo.

Hooper lo miró.

—¿Qué se arreglará?

—Lo que sea —contestó Babe—. Volverá a ser como antes.

—¿Cómo, Gidge? Explícamelo. ¿Cómo?

—De un modo u otro.

Empezaba a dolerle otra vez la cabeza. Hablar de dinero le daba dolor de cabeza. El mundo entero le daba dolor de cabeza: los bolcheviques derrocando al zar, el káiser arrasando Europa sin contemplaciones, las bombas anarquistas estallando en las calles del país, en desfiles y buzones. La gente estaba indignada, la gente vociferaba, la gente moría en las trincheras y se manifestaba delante de las fábricas. Y todo tenía que ver con el dinero. Hasta ahí el Bambino llegaba. Pero detestaba pensar en ello. Le gustaba el dinero, le gustaba como al que más, y sabía que ganaba una pasta e iba camino de ganar más. Le gustaba su nueva motocicleta y le gustaba comprar buenos puros y alojarse en hoteles de lujo con tupidas cortinas en las habitaciones y pagar rondas en el bar. Pero detestaba pensar en el dinero o hablar de dinero. Solo quería llegar a Boston. Quería batear una bola, correrse una juerga. Governor's Square era un hervidero de burdeles y buenas tabernas. Se acercaba el invierno; quería disfrutarlo mientras pudiera, antes de la llegada de las nieves, del frío. Antes de quedarse aislado en Sudbury con Helen y el olor a caballo.

Dio una palmada a Harry en el hombro y repitió su dictamen:

—De un modo u otro, todo acabará bien. Ya lo verás.

Harry Hooper se miró el hombro. Miró hacia el campo. Miró otra vez a Ruth. Ruth sonrió.

—Sé un buen Bambino —dijo Harry Hooper— y deja hablar a los mayores.

Harry Hooper le dio la espalda. Llevaba un canotier, ligeramente echado hacia atrás. Ruth detestaba los canotiers; tenía la cara demasiado redonda, demasiado carnosa, y le quedaban mal. Con un canotier puesto, parecía un niño disfrazado. Imaginó que le quitaba a Harry el canotier y lo lanzaba al techo del tren.

Harry, con el mentón inclinado, se alejó por el campo llevándose a Stuffy McInnis sujeto del codo.

Babe cogió una piedra y fijó la mirada en la espalda de Harry Hooper, en su chaqueta de sirsaca; imaginó allí el guante de un *catcher*, imaginó el sonido seco del golpe, una pedrada contra un espinazo. Pero en ese momento otro sonido seco sustituyó al que tenía en la cabeza, un chasquido lejano similar al ruido de un leño al partirse en una chimenea. Miró hacia el este, donde el campo lindaba con una pequeña arboleda. Oyó el susurro del vapor del tren a sus espaldas y voces perdidas de otros jugadores y el murmullo del campo. Dos maquinistas pasaron por detrás de él hablando de la pestaña rota de una rueda, diciendo que iban a tardar dos horas, incluso tres, en repararla, y Ruth pensó: ¿dos horas aquí en el culo del mundo? Y entonces volvió a oírlo: el chasquido seco y lejano, y supo que detrás de aquellos árboles alguien jugaba al béisbol.

Atravesó el campo él solo, sin que nadie lo viera, y oyó más cerca los sonidos del juego: el sonsonete de los silbidos, el roce áspero de los pies en la hierba al perseguir la bola, el golpe sordo y húmedo de la bola al morir en el guante de un jugador en el extracampo. Cruzó la arboleda y, acalorado, se quitó la chaqueta. Cuando dejó atrás los árboles, los equipos cambiaban de lado: unos hombres corrían hacia una franja de tierra junto a la línea de la primera base y otro grupo salía corriendo de una franja de tierra junto a la tercera.

Hombres de color.

Se detuvo y saludó con la cabeza al *fielder* central, que trotaba hacia su posición a unos metros de Babe. El jugador le devolvió el saludo con un gesto parco y luego pareció escrutar los árboles para ver si tenían previsto ese día dar a luz a algún otro blanco. Acto seguido, volvió la espalda a Babe y, doblándose por la cintura, apoyó la mano enguantada en la rodilla. Era una mole, ancho de hombros co-

mo el Bambino, aunque no tan grueso de cintura, ni (debía admitir Babe) de culo.

El lanzador no perdió el tiempo. Sin apenas preparación, con el simple movimiento de sus larguísimos brazos, lanzó con el derecho como si arrojara una piedra con una honda destinada a cruzar un océano, y Babe, incluso desde donde se hallaba, supo que la bola llegó a la meta echando chispas. El bateador blandió el palo limpiamente y, aun así, falló casi por un palmo.

Pero sí le dio a la siguiente, le dio de pleno, con un chasquido tan sonoro que solo podía proceder de un bate roto, y la bola se elevó en vertical y perdió fuerza en el cielo azul, como un pato que decidiese de pronto nadar estilo espalda, y el central movió un pie y abrió el guante y la bola cayó, como si sintiese alivio, justo en medio del cuero.

Ruth nunca había ido a examinarse la vista. Se había negado. Desde pequeño, leía los indicadores de las calles, incluso los que estaban pintados en las esquinas de los edificios, a mayor distancia que nadie. Distinguía la textura de las plumas de un halcón a cien metros por encima de él, en el momento de abatirse sobre la presa, surcando el aire como una flecha. A sus ojos, las bolas eran gordas y se movían despacio. Cuando lanzaba él, el guante del *catcher* parecía una almohada de hotel.

Así que incluso a esa distancia supo que el siguiente bateador tenía la cara hecha un cromo. Menudo, flaco como un palo de escoba, pero sin duda con algún problema en la cara, unos verdugones rojos o tejido cicatricial sobre un fondo de piel color café con leche. En el cajón era pura energía, un continuo rebote de pies y caderas, como un muelle sobre la meta, esforzándose por no reventar. Y cuando dio a la bola después de dos *strikes*, Ruth supo que ese negro iba a volar, pero ni siquiera él estaba preparado para semejante velocidad.

Cuando la bola trazaba aún un arco hacia los pies del *fielder* derecho (Ruth supo antes que él que no la atrapa-